

dicaciones que podían hacerse respetar; Martínez de la Rosa sucumbió bajo la legalidad de los amagos de levantamiento y de las insinuaciones del puñal; Toreno fué derribado con la legalidad de la insurrección; Istúriz en fuerza de la legalidad, tuvo que salvarse disfrazado de correo y con él vino á tierra el Estatuto revisado y por revisar; Mendizábal dejó legalmente su silla, porque los sables le hicieron una seña desagradable; Castro se embarcó legalmente por una significativa renuncia apoyada por cien mil bayonetas; y dejando cien otros incidentes que se han visto en el gran drama, á la hora en que escribimos estas líneas, estarán sobre Madrid los ejércitos pronunciados; si Espartero no ha tomado el camino de la emigración, estará también allí con el resto de sus fuerzas, y se probará la legalidad con lo certero de las descargas y lo recio de los sablazos.

Asombro nos causaba la candidez de ciertos hombres que consideraban posible un desenlace legal y tranquilo. No fuera poca fortuna que á tanto alcanzase la situación venidera. Van ya nueve años que la España está en revolución; las revoluciones para cambiar la organización del país, comienzan saliendo del terreno de la ley, y ninguna termina en el terreno de la ley. Ahí está la historia. ¿Queréis columbrar el porvenir? dad una ojeada sobre ese suelo volcanizado; y recordad que la Excelsa Huérfana que ocupa el trono no llega todavía á los 13 años.

ESTUDIOS FRENOLÓGICOS.

ARTÍCULO 3.º Y ÚLTIMO.

En el artículo anterior indicamos que la Frenología, según como se la explicase, podía conducir al *fatalismo*; va-

mos ahora á desenvolver aquella indicación, procurando aclarar las ideas, y dejando en su puesto la verdad

Dicen los frenologistas que el hombre está dotado de diferentes propensiones, inclinaciones, instintos ó llámen-se como se quiera; que á cada una de estas facultades corresponde un órgano cerebral, y que del tamaño y demás calidades de éste dependen la mayor ó menor energía de aquéllas. Cuando asientan la diversidad de inclinaciones, nada afirman los frenologistas en que no estén de acuerdo, no diremos las escuelas filosóficas, sino el linaje humano. Escuchad al padre de familia más sencillo y más rudo, y le oiréis que hablando de sus hijos os dice: «este es de un genio pronto y ardiente, que por una friolera se irrita:» «aquel es terco, que no sabemos cómo regirle, ni desviarle de sus temas;» «ese otro es dócil, blando como una cera, se deja llevar como uno quiere.» Quién se queja de que tiene un niño atolondrado, quién se congratula de que el suyo es sosegado y quieto; quién se lamenta de que en tierna edad ya se descubren los gérmenes de vicios funestos, que podrán perder al individuo y quizás cubrir de afrenta á la familia; quién se complace en hacer notar cómo despuntan ya en un corazón infantil los pimpollos de virtudes generosas y bellas.

No hay pues aquí nada que combatir, ni tienen los frenologistas nada que probar: los hombres nacen con inclinaciones muy varias, que influyen mucho sobre el curso de su vida. La instrucción y la educación fundadas en la religión y en la moral, son las que han de corregir lo malo, y fomentar y perfeccionar lo bueno. En esto nos hallamos de acuerdo; y con nosotros el mundo entero. La Frenología no puede lisonjearse de haber descubierto estas verdades, sin ponerse en ridículo por su vanidad.

Además, que á dichas inclinaciones correspondan órganos diferentes, que haya cierta relación entre aquéllas y éstos, que existan ó no ciertas señales para conjeturar en este punto, nada tienen que ver con ello la religión y la moral, como no tienen que ver en las opiniones de los que

fundan la diferencia de inclinaciones é índoles en las diversas clases de temperamento, atribuyendo á este la melancolía, á aquel la alegre vivacidad; á uno la ira, á otro la pacífica calma, y otras cosas por este tenor. Cuestiones semejantes pertenecen á las ciencias puramente filosóficas; cada cual puede abundar en su sentido, sin herir los principios religiosos y morales. Pero desde el momento que la Frenología nos quiera explicar los fenómenos del orden moral y religioso como simples resultados de la organización, desde el momento que nos quiera explicar la vida entera del hombre como el simple efecto de las combinaciones de las partes del cerebro, desde aquel momento será la Frenología contraria á la sana razón, á la experiencia, á la historia, á la religión y á la moral, destructora de todos los cimientos de la sociedad, opuesta á lo que nos dicta el sentido íntimo, repugnante á la dignidad humana, merecedora de que la rechacen todos cuantos abrigaren en su pecho el noble sentimiento del grandor de su naturaleza, de la altura de su origen y de la elevación de su destino.

Los hombres dominados de una idea suelen echar á perder lo que podría encerrarse en ella de verdad ó utilidad, exagerándola, y haciéndola por lo mismo inadmisibile. Forman un sistema, y todo ha de caber en él:

Cual refiere la fama de un tirano
Que á su bárbaro lecho de tormento
Ajustaba por fuerza el cuerpo humano.

Disimúlenos el Sr. Cubi si le decimos francamente que ha caído en este defecto: defecto de que no hablaríamos siquiera si en ello no se interesasen los principios fundamentales de la sociedad. ¿Quién por ejemplo podrá sufrir que ponderando la fuerza de la organización, se llegue al extremo de afirmar que *la costumbre de quitar la vida á los que cometen actos de violencia es inmoral á la par que injusta?* Sabemos lo que se ha dicho sobre la abolición de la pena de muerte, sabemos lo que se ha trabajado y se trabaja pa-

ra suavizar la legislación penal, sabemos lo muy conveniente que es el procurar que los encerrados en cárceles y presidios no se desmoralicen más, y la necesidad de hacer de manera que la pena sirva al propio tiempo de escarmiento á los demás y de corrección y enmienda al que la sufre; però de aquí á declarar *inmoral é injusta y en oposición directa á lo que claramente se ve ser la voluntad del Supremo Legislador, la costumbre de quitar la vida á los que cometen actos de violencia, ni aun de encerrarlos en cárceles y presidios*, hay una distancia inmensa que no se puede salvar sin atacar la moral, sin combatir todas las legislaciones que han existido inclusa la de los israelitas, sin ponerse en abierta contradicción con la misma Biblia, con esa Biblia que manifiesta acatar el Sr. Cubi y en la cual pretende apoyarse una que otra vez.

Però dirá el Sr. Cubi: «yo hablo del caso en que la destructividad *está enferma ó muy pervertida*;» pero bien; ¿habláis del hombre en sano juicio ó del hombre loco? si del primero queda en pie la objeción; si del segundo, ninguna legislación lleva al suplicio á los dementes. Es cierto que al principio habla de la destructividad *enferma ó muy pervertida*, y por consiguiente se podría entender que se refiere tan sólo á un estado de exaltación cerebral que ó constituya la demencia, ó esté muy próxima á ella; pero luego arrastrado por su pensamiento dominante se expresa en general con las palabras que acabamos de citar, hasta adelantarse á decir que «ha visitado presidios, cárceles, penitenciarías en todas las naciones del mundo civilizado, y apenas ha hallado en *cada cien presos convictos, uno solo de cuyo crimen real ó imputado no tuviese la culpa la misma sociedad, por su desgobierno y voluntario moral desquiciamiento.*» Todos cuantos se interesan en los progresos de la religión y de la moral se lamentan de que no sean más favorecidos los establecimientos en que se las fomenta; però ¿qué tiene que ver esto con descargar tan ligeramente de la culpa al individuo, y achacarla toda á la sociedad? ¿puede avenirse semejante doctrina ni con el libre albedrío del hom-

bre, ni con la seguridad pública? Así podrá el criminal marchar al patíbulo con la frente erguida diciendo á la sociedad: «yo soy inocente, el verdadero culpable eres tú; yo no soy más que una víctima, á quien con refinada crueldad haces expiar tu propio crimen.»

Tan penetrado está el Sr. Cubí de que la culpa de los criminales debe recaer sobre la sociedad, hasta tal punto hace pesar sobre ella la responsabilidad de los delitos, que llega á afirmar que está en manos de la misma el evitarlos todos. «Los inútiles millones, dice, que hoy se gastan en levantar monumentos que deberían caer en desuso, después de los descubrimientos frenológicos, sobrarían para establecer instituciones correctivas y educativas, cuyo sosten nada costaría al erario nacional, y desterrarían de una vez y para siempre hasta el nombre del crimen.» ¿A tanto alcanzar pueden los descubrimientos frenológicos? ¿Se ha olvidado el Sr. Cubí de que el corazón del hombre está inclinado al mal desde su adolescencia? ¿Hasta tal punto desconoce la naturaleza humana? Al leer semejantes expresiones, nos sentimos inclinados á recordarle aquellas palabras que le decía Demodoco á su hija, cuando en los días de invierno, apoyada en una columna se ocupaba en hilar á la luz de una lámpara resplandeciente. «Oh hija de Epicaris, temamos la exageración que destruye el buen sentido: pidamos á Minerva que nos conceda la razón que formará en nosotros aquella moderación, hermana de la verdad, sin la cual todo es mentira (1).»

(1) Para que en ningún caso sea dado tacharnos de que alteramos ó truncamos el texto del autor, fingiendo adversarios á quienes podamos combatir, insertamos por entero el pasaje á que nos referimos. «Cuando la destructividad está enferma, dice el Sr. Cubí, ó es muy pervertida, produce una acción eczallada, i entónzes no se respiran sino muertes, asesinatos i destrucción, ni se profieren mas que maldiciones, blasfemias i terribles desatinos. Muchos han sufrido un castigo infamante en un patíbulo por algun acto producido a causa del estado anormal de este órgano. Mientras dure la inmoral a la par que

Si algo de verdad se encerrase en la Frenología sería la multiplicidad de órganos cerebrales correspondientes á otras tantas facultades y propensiones, siendo la utilidad

injusta costumbre de quitar la vida a los que cometen actos de violencia, ó de enzerrarlos en cárceles i presidios donde todavía se desmoralizan mas, en vez de colocarlos en instituciones represivas, educativas, i curativas, haciéndoles producir un valor igual o mayor al que consumen, la legislación criminal se hallará en un lamentable estado de atraso, i en oposicion directa á lo que claramente se ve ser la voluntad del Supremo Legislador. Los inútiles millones, que hoy se gastan en levantar monumentos, que deberían caer en desuso, después de los descubrimientos frenológicos, sobrarían para establecer instituciones correctivas i educativas, cuyo sosten nada costaría al erario nacional, i desterrarían de una vez i para siempre hasta el nombre de crimen. Yo he visitado presidios, cárceles, penitenciarías en todas las naciones del mundo zivilizado, i apenas he hallado en cada zien presos convictos, uno solo de cuyo crimen, real o imputado, no tuviese la culpa la misma sociedad, por su desgobierno i voluntario moral desquizamiento. ¿Hasta cuando, hasta cuando creerán los legisladores que pueden hacer leyes para el gobierno moral del hombre sin conozer ni estudiar su naturaleza? Jamás podrá repetirse bastante que ahora, el legislador militar solo considera al hombre como una máquina de destruir; el legislador economista, como una máquina que es tanto mas perfectamente organizada cuanto mas produce i ménos consume; el legislador despótico, como una máquina de pasiva obediencia; el legislador cortesano, como una máquina de disimular i engañar; pero la realidad del hecho es, que el hombre es una criatura animal religiosa-moral e intelectual, quien, aunque debe constantemente activar sus pasiones sin que jamás salgan del dominio de la razón i la moral, está sujeta á veces, por la ignorancia de la sociedad que no ha sabido o querido dirigir bien su educación o colocarla en el propio lugar donde la tenfa Dios destinada, a lo que se llama crimen. Toda legislación cuyas tendencias no conduzcan á hacer las pasiones del hombre mas potétes i enérgicas, sus sentimientos religioso-morales mas fuertes i vigorosos para que puedan siempre dominar a las pasiones, i el intelecto mas ilustrado, para guiar todas las potencias mentales a los fines de satisfacción i dicha porque fuéren creadas, es una legislación imperfecta.» (Manual de Frenología, pág. 15.)

que podría reportar, un conocimiento conjetural de las disposiciones intelectuales y morales otorgadas por la naturaleza á cada individuo. Es claro que nada de esto llegaría á más que á ilustrar sobre el modo con que se debiera instruir y educar á los hombres según su índole y capacidad; pero no desaparecieran la ignorancia y las malas inclinaciones, no sería dable satisfacer todas las necesidades; por tanto quedarían los gérmenes de vicio y de crimen, que mientras viva el hombre sobre la tierra, se podrán debilitar, mas no destruir.

Dése á la instrucción y educación moral y religiosa toda la importancia que se quiera, nadie nos excede en encarecerla; pero no debemos olvidar que sus saludables lecciones encontrarán siempre grandes obstáculos con que luchar, y que por más puras y elevadas que se las suponga, su aplicación dependerá del *libre albedrío*, de esa noble facultad de que el hombre tan á menudo abusa.

Si directa ó indirectamente se ataca el *libre albedrío*, si atribuyendo sobrada influencia á los órganos cerebrales, se establece la existencia de propensiones *irresistibles*, la buena moral se destruye, la sociedad pelagra, la dignidad del hombre desaparece. Nada importa que se diga que en tales casos el individuo está tocado de una especie de demencia; porque en extendiendo esta enfermedad más allá de los límites que le señalan la razón y el sentido común del humano linaje, se viene á parar al *fatalismo orgánico*, sean cuales fueren los nombres con que se le revista. En tal caso los asesinos de profesión estarán tocados de la demencia que procederá de la preponderancia del órgano de la *destruibilidad*; los rateros y los salteadores de caminos, de la demencia que dimanará del órgano de la *adquisividad*; los licenciosos, de la que resultará del órgano de la *amatividad*; los glotonos y borrachos de la que nacerá del órgano de la *alimentividad*; y así andaremos excusando todos los crímenes, declararemos injustas todas las leyes penales, se convertirán los hombres en máquinas, que si funcionan mal, será porque se ha desarreglado alguna rueda.

¿A qué castigar una máquina? sólo se debe tratar de componerla.

Ese *fatalismo* que estamos combatiendo se derrama por diferentes partes de la ciencia frenológica; y se lo haremos notar al Sr. Cubí con tanta mayor confianza, cuanto nos inclinamos á creer que dicho señor quizás no haya reparado en ese veneno que se va filtrando en su doctrina. Así, cuando le parece que asienta principios favorables á la religión, la hiere sin advertirlo.

Pondera mucho el Sr. Cubí los beneficios que la Frenología ha dispensado á la religión, probando que el hombre está dotado de una *tendencia innata á adorar*; sin duda que al decir esto se habrá olvidado de que hace ya más de diez y seis siglos que proponiéndose Tertuliano expresar la inefable armonía que existe entre la religión y el alma, dijo que esta era *naturalmente cristiana*; y que mucho antes Cicerón y Platón y todos los filósofos de la antigüedad, habían reconocido que los hombres tenían sentimientos naturales que los impulsaban á la adoración de un Ser Supremo. Al través de los extravíos de la superstición y de las groseras falsedades y ridiculeces de la idolatría, no hay quien no descubra una idea verdadera pero adulterada y desfigurada, una inclinación buena pero pervertida; si esto nos ha enseñado la Frenología, nada nuevo nos ha enseñado. ¿Qué añade á la realidad del hecho, bajo su aspecto moral y religioso, el que se nos diga que en tal ó cual lugar de la cabeza hay un órgano que corresponde á estas facultades que nos inclinan á reconocer y adorar al Criador?

Establece el Sr. Cubí diferentes grados de *veneración*, ó como él la define, *propensión religioso-moral á obrar con deferencia, sumisión ó respeto hacia nuestros semejantes, á obedecer á los que tienen autoridad, y adorar un Supremo Hacedor*. Del tamaño y demás calidades del órgano cerebral hace depender el que esta veneración sea grande ó pequeña, llamándola *devoción*, cuando se halla en *vigorosa actividad*. Nadie desconoce las equivocaciones á que puede prestarse

una explicación semejante. Según ella, la reverencia que tributamos á Dios nace de un órgano, que del mismo modo nos inclina á respetar á nuestros semejantes; la diferencia está en que el órgano se halle en un grado más ó menos alto de la escala.

La misma conciencia se reduce á una función orgánica; los remordimientos no son el resultado natural de las malas acciones, son una función de un órgano que se apellida *concienciosidad*; y el Sr. Cubí se adelanta á decir, que *nada es más erróneo que la idea de que todo el mundo padece remordimientos después de haber cometido una acción mala.* Hasta aquí se había creído que esos remordimientos eran el gusano roedor del corazón de los mayores criminales, las furias que los perseguían de día y de noche, sin otorgarles tregua ni permitirles descanso; en adelante habremos de decir, que los hombres faltos ó escasos de cierto órgano, pueden arrojarse á los más horribles delitos sin que padezca su alma después de haberlos cometido. ¿Quién os ha asegurado que haya hombres que no sienten remordimiento después de haber obrado mal? los grandes criminales ¿os han abierto su corazón? ¿Ignoráis por ventura que todos cuantos han cambiado de vida, han confesado unánimes que habían recobrado la tranquilidad, que sentían en el fondo de su alma un placer indecible, que habían alcanzado una felicidad desconocida?

Si tanta influencia se atribuye á los órganos, no siendo posible que éstos sufran notable alteración en muy breve tiempo, ¿cómo será dado explicar las mudanzas, ora lentas, ora súbitas, que estamos viendo á cada paso, ya en bien, ya en mal? ¿cómo es que el hombre que ayer era religioso se ha hecho hoy incrédulo, el que poco tiempo antes era devoto ha pasado después á ser un impío que se burla de todo dogma y de todo culto? Y al contrario: ¿no se ha visto y no se está viendo todavía, que hombres que han pasado largo tiempo en la incredulidad y en el libertinaje, se mudan de repente, abrazan la religión, lloran sus extravíos, y pasan quizás á expiarlos con una vida de

penitencia en las soledades del claustro? ¿quién se atrevería á explicar esos fenómenos, aplicando los dedos á esta ó aquella parte de la cabeza?

«*La maravillosidad*, dice el Sr. Cubí que es *la realización y consiguiente creencia en lo nuevo, lo grande, lo sobrenatural, lo misterioso, lo extraordinario, lo incomprendible*; añadiendo que *la maravillosidad pone al hombre en relación con cuanto el intelecto no puede comprender, que realiza los misterios que Dios no ha querido revelar á su razón, y que sin embargo existen; que por ella cree el hombre lo que no puede probarse, ó cuyas pruebas no puede comprender.*» ¡También un órgano para la fe! ¿qué significa el *realizar misterios que Dios no ha querido revelar á la razón*? ¿cómo será que el hombre crea hoy y no crea mañana, y que hoy tenga fe viva y ardiente el que ayer se mofaba de ella? «Hay en el hombre, dice el Sr. Cubí, y por lo tanto en la sociedad, una natural tendencia á excitar y aplicar órganos especiales en épocas determinadas, lo cual explica las guerras políticas y las religiosas, los tiempos de escepticismo, de fanatismo, y de verdadero espíritu religioso, el ensalzamiento y derribo de personas determinadas, las opiniones ya en favor ya en contra de una misma institución.» Está visto: todo se explica por los órganos; lo hemos dicho y lo repetimos, se quiere hacer de la Frenología el lecho de Procusto.

Sería curioso el investigar la diferencia que va de las cabezas de ahora á las de los siglos medios, siendo nuestra época de duda y escepticismo, y aquélla de fe apasionada y viva. Por cierto, que si tanto valen los órganos hasta en materias religiosas, los de veneración y de maravillosidad deben de haber sufrido una disminución considerable: si entonces eran tamaños como una nuez, no serán ahora como una almendra.

Hablando el citado escritor de la *individualidad ó sea facultad intelectual que percibe aquella cualidad de los objetos que los separa unos de otros, dando á cada uno de ellos una existencia particular, única, aislada, individual*, explica el origen de las visiones de un modo alarmante, no tan sólo

para los católicos, sino también para cuantos acatan las narraciones de la Biblia. Después de haber observado cómo se concretan las ideas abstractas, cómo se crean imágenes que no se apartan de lo verosímil, ó que corresponden á un estado de adelanto realizable, después de haber dicho que la virtud, la belleza, la esperanza, son sentidos abstractos, impulsos ciegos á que las facultades intelectuales movidas ó inspiradas por la idealidad, la sublimidad, dan una bella y sublime existencia individual, material y positiva, continúa: « estas pocas observaciones explican el hecho real y verdadero de que podemos tener y hay quien en efecto ha tenido visiones. » Dejemos aparte la incalificable proposición, que cuenta la virtud, la belleza, la esperanza entre los impulsos ciegos, y parémonos tan sólo en la manera peregrina de explicar las visiones. Al parecer, no serán éstas otra cosa que un simple efecto de los órganos; pues que las observaciones que sólo versan sobre ellos, explican el hecho real y verdadero de que podemos tenerlas, y hay quien en efecto las ha tenido. Podríamos tolerar muy bien, que se disputase sobre la mayor ó menor autenticidad de visiones particulares de esta ó aquella persona virtuosa, y que se atribuyese á una imaginación exaltada lo que parecía efecto de la revelación divina: semejantes cuestiones son del dominio de la crítica, y la misma Iglesia nos enseña con su ejemplo á no entregarnos imprudentemente á una credulidad excesiva. Pero pretender explicar por meros principios frenológicos todo linaje de visiones, contarlas entre las funciones de un órgano, sin hacer ninguna excepción, es cosa que no debiera hacerse, siquiera por respeto á la Biblia que con tan terminantes palabras nos refiere muchos prodigios de esta clase. Las visiones de los apóstoles, de los profetas, de los patriarcas del antiguo Testamento, ¿deberán explicarse por el órgano de la maravillosidad? quien lo tuviese como Isaías, Jeremías, Ezequiel ó Daniel, ¿disfrutaría también de las mismas visiones de que ellos disfrutaron? Para saber si un hombre será favorecido del cielo con misteriosas apariciones, ¿será preciso examinar su cabeza para conocer has-

ta qué punto está desarrollada su maravillosidad? O bien, todo cuanto se nos refiere en el sagrado texto sobre estas materias, ¿deberá ser considerado como la simple narración de meras ilusiones, que sólo tenían de real y efectivo el ser uno de tantos fenómenos de la naturaleza? No podemos creer que á tal extremo quiera llegar el Sr. Cubí, mayormente cuando en su *Manual* protesta tan á menudo de su afecto á la religión, empeñándose además en persuadir, que entre ésta y las doctrinas frenológicas existe una íntima alianza. Pero esto no nos dispensa de hacer notar las funestas consecuencias de su doctrina, si no se la entiende con las debidas restricciones; porque con buena intención se confunden á veces lastimosamente las ideas, se destruyen las creencias, y se introducen errores de gran monta.

No reprobamos que se encarezca que la religión es en cierto modo natural al hombre; al contrario consideramos muy saludable que se hagan resaltar las sorprendentes armonías que existen entre el mundo de la naturaleza y el mundo de la gracia; obras inmortales se han escrito bajo este punto de vista; y cada día están saliendo á la luz pública en todos los países, innumerables escritos que tienen al mismo objeto; pero guardémonos de hacer de la religión un simple juego de sentimientos naturales, de impulsos ciegos, nacidos de la disposición más ó menos favorable de estos ó aquellos órganos. En hora buena que reconozcamos la hermosa índole de algunas almas privilegiadas, que con su candidez nativa y sus inclinaciones rectas, parecen destinadas de una manera particular á recibir los favores del cielo; no negamos nosotros estas verdades; no decimos que el Criador en sus profundos designios no disponga de una manera privilegiada la naturaleza que intenta inundar con los raudales de su gracia; no decimos que por ejemplo el alma de santa Teresa no fuera naturalmente más hermosa, no estuviera enriquecida de más preciosos dones naturales que la de Jorge Sand; en una palabra, no nos proponemos limitar en nin-

gún sentido la omnipotencia del Criador; pero no luchando con la evidencia de los hechos naturales, sean los que fueren, no podemos consentir que la religión y la moral se conviertan en fenómenos físicos, es decir, que se las destruya por su base.

Sobre todo recelamos mucho que la exageración del poder de los órganos no conduzca á la negación del libre albedrío, y que caiga de esta suerte toda religión, toda moral, toda ley, toda sociedad. Así temblamos por estos sagrados objetos cuando después de lo notado más arriba, vemos que el Sr. Cubí dice sin rodeos: «La demencia, el vicio, el pecado, las impropiedades de toda clase, son hijas de la acción de algún órgano ú órganos, al cual la voluntad ó intelecto *no puede* poner coto ó freno, ya por debilidad, ya por ignorancia, ya por enfermedad del órgano afectado.» (*Ibid.* pág. 72.)

Resumiremos en breves palabras lo dicho hasta aquí. En primer lugar: *la espiritualidad del alma*, dogma de la religión y teorema filosófico, debe quedar á cubierto de todo ataque. Nada prueba contra ella la multiplicidad de órganos cerebrales que intenta demostrar la Frenología. La experiencia enseña que existe una relación entre el cerebro y algunas funciones de nuestro espíritu. Que este órgano sea uno ó múltiplo, nada tiene que ver ni con la naturaleza del alma, ni con el carácter de sus operaciones. No se pierdan nunca de vista estas ideas; distíngase bien entre el órgano y el ser que se sirve de él, entre el cuerpo y el espíritu; en lo demás queda expedito el camino al raciocinio y á la observación, sin que tengan de qué quejarse ni la religión ni la psicología.

En segundo lugar, es necesario respetar delicadamente la existencia del *libre albedrío*. Admitanse diferentes inclinaciones, distribúyaselas en tantas clases como se quiera; señálese la causa de esta diferencia en los órganos, en el temperamento, ó explíquese por otro sistema que plazca imaginar: todo esto poco importa: sobre semejantes puntos se ha disputado siempre; si por medio de sus ob-

servaciones la Frenología puede suministrarnos más luces de las que se han tenido hasta ahora, se lo agradeceremos. Establézcase que hay hombres que tienen fuerte propensión á determinados vicios; pero no se llegue al extremo de suponerles *imposibilidad de resistir*; á no ser que estén en la imbecilidad, ó en la demencia. Encárguese á la sociedad la instrucción y educación moral y religiosa, encarázcase la conveniencia de atender á la capacidad y á la índole de cada individuo; añádase, si se quiere, que la Frenología puede suministrar luces para conjeturar ó pronosticar las disposiciones naturales; échese en cara con generosa libertad á los gobiernos y á la sociedad, el descuido de la instrucción y de la educación, permitiendo el desarrollo de las inclinaciones perversas; pero, por un celo excesivo, no se llegue hasta el punto de disculpar al criminal, no se le suponga sometido á una necesidad *orgánica*, no se diga que *no pudo* resistir á la propensión, no se ensanche tanto el número de los dementes que la mayor parte de los hombres culpables de un delito puedan alegar el descargo de que al cometer un acto criminal obraban por *necesidad, estaban faltos de razón*.

Asiéntese, si place, que entre las razas humanas hay diferencias notables, hijas de la acción del tiempo, de los climas, ó de otras causas; dígase que unas están dotadas de mayor inteligencia que otras; afirmese que las semillas naturales de virtud ó de vicio, se hallan en más actividad en estas que en aquellas: lo que sucede entre los individuos de una nación y aun de una familia, no negaremos que acontezca ó acontecer pueda entre razas diferentes. Lo que haya en esto de verdad ha de decirlo la observación. Pero no se condene á vivir en la estupidez y en el embrutecimiento á ninguna de las ramas que, por más que se diferencien en la actualidad, sabemos que procedieron todas de un mismo tronco. La luz de la razón, el libre albedrío son patrimonio de la humanidad entera; son facultades del alma que Dios nos comunicó al *inspirar en nuestros rostros el soplo de vida*. El hombre puede en diferentes

países encontrarse degradado, mas no deja por eso de ser hombre. Cuando suene la hora señalada en los arcanos de la Providencia, no lo dudéis, levantará al cielo su frente, diciendo con nobleza: «yo también fui criado por Dios y para gozar de Dios; mi destino en la tierra es un viaje de breve duración, mi fin es Dios en las inmensidades de la eternidad.»

Advertimos esto porque sabemos que el Sr. Cubí ha dicho que ciertos misioneros, hablando de pueblos cuyo nombre no recordamos, habían afirmado que *era imposible cristianizarlos antes de civilizarlos*; nosotros creemos al contrario, que el orden es inverso, y que el medio más seguro para introducir en un pueblo la *civilización* es hacerle *cristiano*; si se nos contradice, ahí están la filosofía y la historia que vienen en nuestro apoyo. Por lo que toca al dicho de los expresados misioneros, preguntaremos si eran católicos, ó si pertenecían á alguna de las sectas separadas; en este último caso no respondemos nada, porque entre los disidentes hay tantas opiniones como cabezas; pero si eran católicos, exigiremos las pruebas del hecho, y hasta que se produzcan no daremos fe á semejante relación. El señor Cubí no lo-habrá oído de boca de los mismos misioneros, su buena fe habrá sido engañada. Que si se nos demostrase que realmente uno ó más misioneros católicos han soltado semejante expresión, tampoco se concluye nada contra esta doctrina. Jamás los católicos han dicho que este ó aquel misionero particular fuesen infalibles.

Jesucristo al enviar á sus Apóstoles á predicar el Evangelio, no les previno que mirasen si los pueblos eran civilizados ó nó; no les encargó que examinasen la forma de las cabezas para ver si los órganos de la religión estaban desarrollados ó no; sino que les dijo que *fuesen por todo el universo, que enseñasen á todas las gentes, que predicasen el Evangelio á toda criatura, que bautizasen*, sin distinción de razas, *en nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo*. La Iglesia católica no ha olvidado nunca esta sublime doctrina. Cuando la codicia y la crueldad han querido supo-

ner á los negros ó á los indios como de una especie inferior, como de una raza destinada á servir á las demás, «nó, nó, ha respondido la Iglesia, esto no es verdad, esto es una infamia; todos los hombres son iguales ante Dios, todos son hermanos en Jesucristo, por todos vertió la sangre el Salvador en la cima del Calvario; los desgraciados que viven en las tinieblas y en las sombras de la muerte, son por esto mismo más dignos de que la caridad cristiana redoble su solicitud y su celo para llevarles las luces de la fe, y con ellas el sentimiento de su dignidad.» Que no lo olvide el Sr. Cubí: estas son las doctrinas verdaderamente generosas; los que por codicia ú otros motivos están interesados en que continúe el infame tráfico de los negros y el embrutecimiento de otras razas, pueden sostener lo contrario; los cristianos, los verdaderos amantes de la humanidad, nó.

La idea de Dios, y los eternos principios de la moral, son de todos los tiempos y de todos los climas: donde hay hombres, allí están, porque allí ha llegado el soplo del Criador; allí ha hecho descender la luz para que pudiera ser reconocida su augusta imagen. ¿Qué importan contra esta verdad algunos tristes ejemplos de embrutecimiento y degradación? ¿Qué importan esas hordas que al parecer han caído del rango de hombre para colocarse entre los brutos? Nada; porque también en otros tiempos y en otros países andaban otros hombres con el entendimiento en tinieblas y el corazón en el polvo; compadeciése de ellos el cielo, iluminólos con un rayo de sus inefables resplandores, y de en medio del caos salió de repente un mundo lleno de orden, de regularidad y hermosura. Nó, no debemos atrevernos jamás á decir «estos hombres son incapaces de la religión cristiana: en ellos no tienen cabida ideas tan sublimes como en la misma se encierran:» no olvidemos que la sublimidad de la religión está hermanada con la sencillez; grande con los grandes, sabe en cierto modo hacerse pequeña con los pequeños. El que dijo de los niños, *dejadlos venir á mí, de ellos es el reino de los cielos*, se com-

place en acomodarse á todas las inteligencias, no se desdona de hablar con lenguaje que comprendan los más rudos é ignorantes. No busquéis pues si el órgano está muy desarrollado, si será capaz de recibir estas ó aquellas impresiones; recordad que el Todopoderoso sabrá suscitar de las mismas piedras hijos de Abrahán; no digáis: «el alimento es demasiado fuerte, esos hombres no podrán digerirlo.» Dios hará que el pan de los adultos sea leche para los niños.—J. B.

POLÉMICA RELIGIOSA.

CARTA SEXTA A UN ESCÉPTICO EN MATERIAS DE RELIGIÓN.

Mi apreciado amigo: si no tuviera otras pruebas de la verdad que se encierra en aquella doctrina de los católicos, de que la *fe es un don de Dios*, no me inclinaria poco á tenerla por cierta la experiencia de lo que he visto en V. y otros que han tenido la desgracia de apartarse de la fe de sus mayores. Disputan, escuchan, al parecer con docilidad, hacen concebir las mayores esperanzas de que van á rendirse á la evidencia de los argumentos con que se los apremia, pero al fin salen con un frío *qué sé yo*, que hiela la sangre, y disipa de un golpe todas las ilusiones del fiel que estaba anhelando el momento de ver entrar en el redil la oveja extraviada. Así lo hace V. en su última: nada tiene que objetarme á lo que he dicho sobre la *Sangre de los Mártires*, confiesa que ninguna religión puede presentar un argumento semejante, manifiéstase satisfecho del contenido de mis anteriores con respecto á los varios puntos que formaban el objeto de sus dudas; y cuando me saltaba el corazón de alegría pensando que iba V. á decidirse, no

diré á entrar de nuevo en el número de los creyentes, pero sí á engolfarse más y más en la discusión con el deseo de hallar definitivamente la verdad, me encuentro con la desolante cláusula que me ha llenado de una profunda tristeza. «¿Qué nos sabemos nosotros, dice con un abatimiento que me penetra el corazón, qué nos sabemos nosotros? ¡El hombre es tan poca cosa!.... volvemos la vista en rededor y no vemos más que tinieblas. ¿Quién sabe dónde está la verdad? ¿quién sabe lo que será con el tiempo de esa fe, de esa Iglesia que V. cree que ha de durar hasta la consumación de los siglos? Yo no desprecio la religión, veo que el Catolicismo es un hecho tan grande que no acierto á explicarle por causas ordinarias; V. apela á la historia, V. me apremia á que le cite algo de semejante; ya le he dicho otras veces que no me agrada atrincherarme en impotentes negativas, que no me gusta resistirme á la evidencia de los hechos; pero ¿qué quiere V. que le diga? *no puedo creer*. Estoy contemplando la sociedad actual, y me parece que su inquietud está dando indicios de que el mundo se halla en visperas de acontecimientos colosales; con una revolución intelectual y moral debe inaugurarse indudablemente la nueva era, y entonces quizás se aclare un tanto ese negro horizonte donde nada se descubre sino error é incertidumbre. Dejemos que transcurra esa época de transición, que tal vez nuevos tiempos nos descifrarán el enigma.»

En medio de mi aflicción, no crea V., mi estimado amigo, que yo extrañe semejante lenguaje; no es V. el primero de quien lo he oído; pero permítame cuando menos que le haga advertir, que con sus palabras á nada responde, nada prueba, nada afirma, nada niega; no hace más que desahogarse estérilmente pintando con pocas palabras el verdadero estado de su espíritu. Tiene á la vista la verdad y no se siente con fuerza para abrazarla; se abalanza hacia ella un momento, y luego dejándose caer desfallecido, dice «*no puedo*.» Entonces habla V. de ese porvenir de que V. mismo se reía en una de sus anteriores,